



SANTA CATALINA DE RICCI, ESTIGMATIZADA

R.P. Fray Paulino Alvarez O.P.

(En: "Santos, Bienaventurados, Venerables de la Orden de Predicadores", Tomo 1, Ed. Vergara).

25 abril 1522. ✠ 2 febrero 1589.

En la ciudad de Florencia nació esta admirable santa el día 25 de abril de 1522 y fué llamada Alejandra en el bautismo. Sus padres, de muy noble familia, fueron Pedro Francisco Ricci y Catalina Ponziano.

Muerta su madre cuando la niña era todavía muy tierna, quedó bajo el cuidado de una madrastra, mejor diríamos de los ángeles del cielo, que a menudo bajaban y la enseñaban a orar y señaladamente a rezar el Santísimo Rosario. Poco después la puso su padre en el convento de monjas de Monteceli donde estaba una tía suya llamada Sor Luisa Ricci, la cual la instruyó en la vida religiosa. En este tiempo acostumbraba hacer oración ante un Santo Cristo que desde entonces fué llamado el Crucifijo de Alejandra. De allí la llevó a Prato, cerca de Florencia, y habiendo ido un día al convento de San Vicenté, que es de Dominicanas de la Tercera Orden claustral, cuyo confesor era su tío el Venerable Padre Fray Timoteo de Ricci, se aficionó en tal forma a ellas, que yendo su padre a buscarla para volverla a su casa, no quiso ir si primero no le prometía con juramento volverla otra vez a dicho convento. Cumplió el padre la promesa y un lunes de Pentecostés de 1535, cuando la niña tenía trece años, tomó allí el santo hábito, mudado el nombre de Alejandra en el de Catalina.

Con ella tomó el hábito otra joven, y viendo Sor Catalina la ceremonia, llevada de un gran fervor y extraordinaria alegría, le dió el Señor un arrobamiento y vió un amenísimo jardín y en él a Jesús y a su Santísima Madre que le hicieron muchísimos favores y le prometieron otros más en su vida. Profesó al siguien-

te año el día de San Juan Bautista y se dió en tal forma a la contemplación, singularmente de la Pasión del Señor, que ordinario estaba abstraída de los sentidos y como por su gran humildad, nada de lo divino comunicaba a nadie ni al confesor mismo, llegaron a tenerla en concepto de tonta y de que padecía desvarios de cabeza.

La probó Ntro. Señor, como lo hace con todas las almas que escoge, enviándole toda suerte de trabajos, humillaciones y enfermedades, de piedra, de hidropesía, de asma, con grandes calenturas, en medio de las cuales se le aparecían gloriosos, consolándola; los Bienaventurados Fray Jerónimo Savonarola y sus compañeros Fray Domingo y Fray Silvestre, quienes la curaron haciéndola prometer primero que sería muy obediente a los Superiores y no ocultaría al confesor las gracias que de Dios recibía. Al ser curada del mal de piedra, arrojó treinta y dos, negras, y algunas con cortes como de cuchillo. El día primero de diciembre del año 1540 los tres mismos Bienaventurados dominicos la curaron con la señal de la cruz de otra nueva enfermedad que padecía. El mismo mes, el día de Navidad, dando ella gracias al Señor por los beneficios recibidos, se le aparecieron los tres bienaventurados acompañando a la Santísima Virgen, la cual traía a su Hijo en brazos y después de decirle algunas palabras de consuelo le entregó el Niño para que se deleitara con él y mutuamente se abrazaran y besaran; y volviéndole la Santa a la Virgen su Niño desapareció la visión, quedando ella deshecha en divino amor.

Estos gloriosos dominicos que acompañaban a la Santísima Virgen y muy a menudo se aparecían a Santa Catalina y la curaban y consolaban, son aquellos celosos predicadores que clamaron contra la corrupción de la Corte de Florencia y de la Corte romana, imitadores de la valerosa Catalina de Sena que a ciertos cortesanos pontificios llamaba demonios encarnados, y que acusados de rebeldes al Papa y burladores de la excomuniación, murieron en un cadalso y cuyas cenizas guardaban como santas reliquias los buenos cristianos de Florencia y cuya memoria veneraba el gran San Felipe Nerí, y cuya compañía tomaba la Santísima Virgen para bajar a ver a Catalina de Ricci. Mientras

Y tanto seguían los corrompidos y los envidiosos de aquel tiempo y siguen los ignorantes y los carcomidos del presente, llamando a Savonarola el demagogo, el precursor de Lútero, el cismático, y el ejecutado por reo de conspiración religiosa y política. Nuestra Santa, que nació pocos años después de su muerte, y oyó lo que el pueblo contaba de ellos, y que los veía con las insignias de su martirio, al dar cuenta de sus apariciones celestiales les da siempre el nombre de «los Mártires» (1).

Mayor que el favor referido fué el que la noche de Navidad del año siguiente hizo a Sor Catalina la Santísima Virgen. Estaba ella en cama, descansando, o más bien considerando la dignación amorosa del Señor en nacer por nuestra salvación, mientras llegaba la media noche para levantarse e ir al coro a cantar los Maitines; y vió entrar en su celda dos hermosos jóvenes, uno vestido de blanco y el otro de finísimo oro, los cuales traían una silla muy preciosa y la pusieron en medio de la celda. Apareció luego una señora mucho más ricamente vestida y hermosísima, con un niño sin fajar en los brazos, a cuya derecha venía el principal abogado de Sor Catalina y a la izquierda Santa María Magdalena y Santo Tomás de Aquino. Turbóse ella al ver esto, no fuera alguna ilusión o engaño del enemigo; mas la aseguró la Señora y le dijo que era la Madre de Dios y que venía, a ruegos de Sor Elena Buenamigo, que poco antes había muerto en aquel convento, y le traía su querido Niño para que se recreara con él. Queriendo Catalina levantarse y postrarse a sus pies, no se lo permitió la Virgen, antes dándole su Hijo, quiso que por buen rato le acariciase en la misma cama, como lo hizo, encomendándole las monjas de aquel convento y ofreciéndole su corazón. Hecho esto, la divina Madre que estaba sentada tomó de manos de María Magdalena unos finos pañales, preparados, decía, por las monjas con las oraciones y ayunos hechos en aquel Adviento, y fajó al Niño con sus manos santísimas, y fajado se lo entregó otra vez a Catalina para que de nuevo le abrazase, besase y acariciase; hasta que, dando las doce, desapareció la visión y ella se levantó para ir a Maitines.

(1) Véase sobre este punto a Benedicto XIV *De Beatificatione Servorum Dei*,

Desde el año 1542 hasta el de 1554, todos los viernes le daban unos arrobamientos que le empezaban el jueves a medio día y le duraban hasta el viernes a las cuatro de la tarde. Conociase en los gestos que hacía y palabras que decía la sucesión de los tormentos que estaba padeciendo en compañía del Salvador, desde que se despidió de su Santísima Madre hasta que fué sepultado; y fueron testigos de esto, no solamente las Religiosas de su convento, mas también dos Generales de la Orden, que fueron Romeo de Castellón y Alberto Casaus.

El día de la Resurrección de 1542, estando al rayar del alba en oración en su celda, se le presentó Ntro. Señor Jesucristo vestido de gloria con una resplandeciente cruz sobre sus hombros y una preciosa corona en la cabeza. Venían con él Ntra. Señora, Santa María Magdalena, Santo Tomás de Aquino y Savonarola, y en un instante se vió la celda llena de resplandores y de ángeles, ricamente vestidos, con instrumentos músicos, suspensos en el aire. Hizo ella sus acostumbradas diligencias de la señal de la cruz y otras cosas que el confesor le había enseñado, y asegurada que era visión celestial, se postró en tierra y adoró por tres veces al Señor. Le rogó su Madre Santísima que se desposara con ella; aceptó gustoso Jesús, y tomándola la Virgen de la mano, se quitó él un riquísimo anillo del dedo anular y se lo puso en el de Catalina diciéndole: «Toma este anillo, esposa mía, en prenda de que serás siempre mía». Queriendo ella darle las gracias y no hallando debidas palabras, comenzaron los ángeles a tocar sus instrumentos llenando la celda de acentos del cielo. Quedó ella con el anillo en el dedo, el cual era de finísimo oro, con esmaltes y un diamante en medio. Sucedió esta aparición y desposorio, no en arrobamiento, sino en todos sus sentidos. Vieron el anillo muchas personas, no tal cual era, y ella lo veía, sino a manera de un círculo colorado que tenía en el medio un cuadrado como una piedra preciosa.

Otro día, que fué el 14 de abril de 1542, se dignó el Señor imprimirle sus llagas, con esta diferencia, que Jesús recibió la lanzada en el costado derecho y a ella se la imprimió en el izquierdo sobre el corazón. Conforme refirió ella a una compañe-

ra le causaba esta llaga tanto dolor, que le parecía morir. Fueron vistas de muchos las llagas, especialmente cuando se quedaba en éxtasis, así de las monjas como de varios prelados de nuestra Religión; y dijeron que las de las manos eran coloradas, tenían como un borde levantado y que en el medio se veía una cosa negra, redonda, como la cabeza de un clavo; y las de los pies tenían la carne hundida y desigual, en una parte baja y en otra alta, y que entre la carne y la piel se veían hilos de sangre, y que salía de ellas olor suavísimo.

Había en el convento una monja llamada Sor María Gabriela, que dudaba de las visiones y éxtasis de la sierva de Dios y pedía a Ntro. Señor que la sacase de aquellas dudas. Y entrando un día en el oratorio, la halló arrobada, y puesta a su lado pidió con más empeño saber la verdad de lo que estaba viendo. Se volvió a ella Catalina, así como estaba en éxtasis, y le dijo: «Quién crees que soy yo? ¿Catalina, o Jesús?—Jesús», respondió la monja, porque así en su semblante parecía, y fué tal el llanto de Sor Gabriela, que la oyeron otras monjas, y corriendo a ver qué era, les contó sus dudas y el suceso.

Tuvo el don de conocer los secretos de las almas, como dió fe el Provincial de la Provincia Romana, el que habiendo ido a visitar aquel convento, y queriendo certificarse de este don de la Santa, en un momento que estaba en éxtasis mandó a una monja que se pusiese de rodillas delante de ella sin decirle palabra. Lo hizo la monja y vuelta al Padre le contó que estando de rodillas y callada, le había dado tres veces la bendición con la mano, le había hecho tres cruces sobre la cabeza, la había abrazado, besado y despedido con Dios. Quedó el Padre con esto maravillado y seguro, pues eso mismo que la Santa hacía se lo estaba mandando él desde fuera con solo el pensamiento.

Fué muy grande la guerra que el demonio le hizo, porque eran muchas las almas que de sus garras le arrancaba. Queriendo un día pedir por un desventurado pecador que el Padre Prior de Dominicos le había recomendado, al entrar en el oratorio fueron terribles los ruidos que oyó, como si se desplomara el convento, y los aullidos espantosos que a su lado sonaban; y no haciendo

ella el menor caso, se le presentó visible el demonio dando bramidos y le dijo: «¿Es posible, Catalina, que no me dejes llevar lo que es mío? Si en ese empeño perseveras, la tomaré contra tí y no te dejaré vivir». Y como ella no le atendiese, antes bien en nombre de su esposo Jesús le mandase precipitarse inmediatamente en el infierno, lleno de furor, bramando y haciendo temblar el oratorio, se fué, dejando allí un hedor infernal.

Muchos se convertían con sus oraciones, otros con sólo verla, otros con oír hablar de ella. Eran tantos los que iban a visitarla, que parece increíble; y no solamente gente ordinaria, sino preladados, cardenales y príncipes, entre ellos el cardenal Montepulciano, que después fué papa Marcelo II; y León XI, siendo cardenal, muchas veces fué a tratar con ella negocios gravísimos de su alma. El cardenal Alejandrino, sobrino de San Pío V, no quiso venir a España, a donde su tío le mandaba de Legado, sin verla antes y pedirle que lo encomendase a Dios. Iban también, como los simples fieles y los cardenales, los príncipes, los Grandes Duques Cosme, Francisco y Fernando de Médicis, y sus mujeres, entre ellas la Gran Duquesa Juana de Austria y María de Médicis, que fué después reina de Francia. Fueron también a visitarla el Duque de Mantua, un Embajador de Felipe II, rey de España, con encargo de que pidiera por su Majestad y por nuestro reino. Yendo a visitarla el hijo mayor del Duque de Baviera en nombre de sus padres (era el día de Epifanía) salió Catalina con la Priora a la portería a recibirlo con su acompañamiento, estando ella en éxtasis; tomóle de la mano y llevóle consigo por el convento hasta llegar al nacimiento o pesebre que tenía hecho, y de allí volvió con él hasta la portería, sin salir de su éxtasis. Cuando volvió en sí no sabía lo que había hecho; le había parecido que acompañaba a los Reyes Magos hasta el portal de Belén.

Fué también favorecida con una visita espiritual que le hizo el glorioso fundador de la Congregación del Oratorio, San Felipe Neri. Sin faltar de Roma fué el Santo llevado en espíritu a Prato a visitar a Catalina, donde se vieron y hablaron tanto, que pudo ella decir después todas sus señas; cosa que confirmó el mismo San Felipe, diciendo también las señas de la Santa.

Iguales visitas hacía ella en bien de las almas. A Doña Juana de Austria, amiga suya, que estaba muriendo, se le apareció y la ayudó a bien morir. A un caballero, Gentil Hombre, de Florencia, que dudaba del desposorio de ella con Cristo, se le dejó ver rodeada de luces, y le dijo: «Para que no dudes de mi desposorio, quiero que sufras el tacto de mi anillo». Le tocó con él en el labio y otro día por la mañana se halló con un dolor que le duró algunos días.

Habiendo de ir un señor llamado Bernardo Richasoli de embajador del Gran Duque de Toscana al Duque de Baviera, su madre, que era devota amiga de Catalina, le encomendó a ella para que hiciera felizmente su viaje. Y apenas salió de las puertas de Florencia se le apareció en el aire una monja dominica, la cual le acompañó todo el camino a la ida y a la vuelta. Y habiendo ido después este señor al convento a darle las gracias, entre todas las Religiosas la distinguió y dijo: «Esta es la que me acompañó en mi viaje». Pero ella con suma habilidad cambió la conversación.

A un Religioso carmelita que cayó en un río y la invocó pidiéndole ayuda, se le presentó caminando sobre las aguas, y tomándole de la mano le sacó a la orilla. Otras muchas apariciones en vida se cuentan de ella, que aquí no cabe referir.

Su cuerpo purísimo parecía un pomo de esencias celestiales que muchos, no todos ni en todo tiempo, percibían. Hizole Jesús el favor singularísimo de que jamás fuese tentada; ni de su carne ni del demonio, contra la virtud de su angélica castidad. Mas no por eso dejó de mortificarse de muchas maneras, aunque sin dárlo a conocer. Ayunaba todos los viernes y muchas vigiliass a pan y agua; jamás tomaba carne ni huevos; trajo por largo tiempo ceñida a las carnes cadena de hierro y castigaba su cuerpo con sangrientas disciplinas. Por mucho tiempo no durmió sino cuatro horas cada mes. Pidió a Ntro. Señor que moderase los favores, por lo menos los exteriores, y el Señor le disminuyó los éxtasis, en especial los que tenía los viernes, los cuales, siendo ella Priora, no se repitieron más.

El amor divino que sentía en su corazón la abrasaba, y no pu-

diendo soportarlo su corazón humano, pidió a Jesús que le diera otro celestial. El día de Corpus del año 1541 fué transportada al cielo y allí la Virgen Santísima la presentó a su Hijo y le suplicó que le quitase el corazón terreno y le diese otro todo celestial. Concedióle el Señor la gracia, y con sus propias manos le sacó el corazón y le puso otro como divino, echando llamas, de donde le vino la gran facilidad de hallar en todas las cosas motivos para alabar a Dios y meditar sus grandezas sin intermitencias.

Concedióle también el Señor, para que mejor sobrellevase los tormentos de su Pasión, el beber su preciosa sangre a la llaga de su costado, y la Santísima Virgen no pocas veces la regalaba y nutría como nutre y regala una madre a un niño de pecho. Con este néctar maternal le roció un día su cara, y la que tenía color verdinegro quedó blanca como un alabastro.

Visitábanla a menudo Santa María Magdalena, la gran amiga de los dominicos, Ntro. Padre Santo Domingo, Santo Tomás de Aquino, San Vicente Ferrer y Santa Tecla. Le habló muchas veces un Crucifijo que tenía en su celda y con veneración se conserva en el convento. La primera vez que le habló fué el 18 de junio de 1541, después de la comunión, estando abrazada con él y pidiéndole que le enseñara el camino que más le agradara. Desenclavó entonces el Señor la mano derecha y abrazó a Catalina, diciéndole: «Tu vida y tus obras, esposa mía, me son muy agradables». La segunda vez fué a 24 de agosto. Volviendo, la Santa a su celda después de haber comulgado, vió que Jesús, desenclavado, le salía al encuentro, y corriendo ella a abrazarle y estrecharle contra su corazón, oyó que le decía y mandaba que ella y las demás Religiosas le aplacaran la cólera que los pecadores le daban y en particular hicieran tres procesiones para alcanzar misericordia. (Costumbre que comenzó entonces y han continuado las Religiosas). Abrazada con Jesús quedó Catalina fuera de los sentidos, en una postura tan amorosa y devota, que viéndola las monjas lloraban todas de compasión y ternura.

Hacíasele visible muchas veces el Angel de su guarda y la avisaba de muchas cosas. Muchas veces también veía en la hos-

tia consagrada a Ntro. Señor en diversas formas, ya de niño, ya de hombre, hablándole desde allí amorosamente.

De tan grande amor de Dios le nacía la caridad que tenía con el prójimo, en tal grado, que por convertir a muchos de sus pecados se ofrecía a padecer por ellos grandes penas y muy dolorosas enfermedades. Más de una vez porfiaba con el Señor, ella implorando misericordia y Él apelando a la justicia. Cuando Jesús parecía mostrarse inexorable, sabía ellá cuál era el recurso para vencerle, y de hecho le vencía con preguntarle por quién había derramado su sangre. Así hizo en la conversión de un desventurado que había entregado su alma al diablo con pacto escrito, y con otro obstinado pecador que a punto de morir no había medio para hacerle arrepentirse. Se interpuso ella, y después de varias negativas del divino Juez y réplicas suyas, accedió el Señor, a condición de que padeciera parte de las penas que el tal pecador tenía merecidas. Aceptó Catalina la condición y comenzó en el momento a padecer agudísimos dolores de cabeza, que le duraron largo tiempo, y también en aquel instante el obstinado pecador se sintió cambiado y se confesó con muchas lágrimas.

Tomando sobre sí un dolor de ijada alcanzó la salud del alma a una Religiosa de su convento que, padeciendo mucho y no hallando alivio con ningún remedio, se había puesto en tanta desesperación, que no podía soportar la presencia de nadie. Ocultamente la tocó Catalina con el anillo de su desposorio y le infundió tal gracia, que se amansó al instante, haciendo mil actos de arrepentimiento pidió perdón a las Religiosas y muy devotamente pasó a la otra vida un Miércoles Santo y el Domingo de Resurrección salió del purgatorio y subió al cielo viéndola la sierva de Dios.

Por la salud espiritual de un Príncipe y por librarlo del purgatorio quiso padecer cuarenta días una enfermedad que los médicos no conocieron. Padecía en el cuerpo unos ardores como si le aplicaran llamas; se le llenaba de ampollas, le bullía la sangre, veíanse los mismos efectos que cuando uno se quema, y tenía la boca seca y negra como un carbón. A causa del calor que

sentía, ninguna monja se atrevía a tocarla, ni siquiera entrar en su celda; y mientras tanto se deleitaba ella, pensando que con tal fuego libraba del purgatorio el alma del Príncipe.

Para que más se compadeciese de las almas que penan, la llevaba algunas veces el mismo Señor y otras algunos Santos a ver los tormentos del purgatorio, haciendo que muchas almas conocidas le vieran y se encomendasen a ella, entre otras el alma de su madre, a quien pronto sacó de aquel lugar. Aparecíansele otras más pidiendo auxilio, como una vez que estando en la celda oyó una voz muy lastimera en la huerta; se asomó con otras Religiosas a la ventana y vieron una llama muy grande que casi subía hasta ellas, y no sabiendo lo que era y dudando qué hacer, oyeron la voz, al parecer, de una bienhechora del convento, que pedía oraciones a Catalina.

Fué de más de lo dicho, dotada de admirable prudencia en gobernar el convento, por lo cual la tuvieron de Superiora dieciocho años, ganando mucho las Religiosas en lo espiritual, por las muchas gracias que les alcanzaba del Señor, y en lo temporal por las muchas limosnas que le enviaban, con las cuales pudo acabar la fabrica del convento con gran magnificencia.

Tampoco le faltó el don de profecía. Pronosticó a su tío, el Padre Fray Timoteo de Ricci, algunos trabajos que padecería nuestra Orden, y el mismo día que dicho Padre murió en lugar distante, ella lo dijo a las monjas. Profetizó la inundación del río Arno, que sucedió en 1557, con estragos en la ciudad y muerte de muchas personas. Asimismo anunció la persecución que padecería el Padre Sixto Fabri, General de la Orden, que con sentimiento de todos y por medios rastreros fué depuesto de su cargo.

Quiso el Señor con señales milagrosas anunciar la muerte próxima de la Santa, apareciendo desde que enfermó un gran resplandor sobre el convento, que no se quitó hasta su muerte. Se oyeron también cánticos celestiales como diciendo: *Veni electa mea.*

Cayó por fin enferma el 23 de enero de 1589 con un gravísimo dolor de ijada que, además de atormentarla muchos días, la

privó del desahogo de la orina. Como no hallasen remedio alguno las Religiosas con que aliviarla, le llevaron en procesión el Santísimo Crucifijo que tantas veces la había hablado, y recibéndolo ella en sus brazos, después de besar sus llagas y estrecharlo contra el corazón, empezó a hablarle pidiéndole perdón de sus pecados, con un tal acento que hacía llorar a todas; le encomendó después el convento, cada una de las Religiosas y a sí misma. Cuando hubo acabado se oyó fuera de la celda un ruido tan terrible como si se desplomase el convento; pensando todas que era un terremoto, notaron que aquel ruido se iba hundiendo en la tierra, y conocieron que era el demonio, que desesperado se precipitaba en el abismo.

El día primero de febrero recibió los santos sacramentos y para recibir el viático se puso de rodillas en el suelo y quedó su rostro resplandeciente como de ángel. Llamadas después todas las Religiosas les hizo una larga exhortación al amor de Dios y a la observancia regular, y terminada se puso de nuevo en oración hasta tarde de la noche, haciendo repetidos actos de amor y de contrición. Llegada la hora del tránsito se cerró con la mano los ojos, se santiguó, extendió su cuerpo en forma de cruz y entregó su alma a Jesús, quedando envuelta en resplandores, el día 2 de febrero del año 1589, a la edad de 67 años y 9 meses.

Viéronle subir radiante al cielo varias personas, entre ellas Santa María Magdalena de Pasis, y estuvo dos días sin ser sepultada, por satisfacer la devoción de la gente, que de muy distantes pueblos venían a verla. Muchos vieron entonces sus llagas y corona de espigas, y todos percibían un olor suavísimo, y se afanaban por quitarle algo de su ropa, como preciadas reliquias. El cadáver lo depositaron en una capilla, donde empezaron a concurrir las gentes, obrando el Señor por su intercesión muchos milagros, colocándola el año 1746 Benedicto XIV en el catálogo de los Santos y señalando para su fiesta el día 13 de febrero.